

pre de tu propio corazon. Es presuncion exponerse voluntariamente á los peligros, y esta orgullosa presuncion fué causa de mil funestas caidas en muchos héroes cristianos. ¿Sabes porqué los mas virtuosos, los mas generosos, los mas prudentes se fueron á sepultar vivos en los desiertos? por poner á cubierto su virtud. Por mas virtuoso, por mas mortificado que seas, créeme, huye las ocasiones de pecar. Aunque hayas encanécido en la mas rigurosa penitencia; aunque casi estés ya con un pié en la sepultura; horrorízate á la vista de la ocasion, y busca en la fuga tu seguridad. Huir las ocasiones de pecar, es cordura, es virtud, es verdadera magnanimidad : nunca olvides esta doctrina.

2. Es muy astuto el enemigo de la salvacion. No le sobra otra cosa que razones, que motivos especiosos, que frívolos pretextos para inducir al alma á que se meta en los peligros. Unas veces la urbanidad, el no dar que decir, otras una apariencia de caridad, se te presentará como legitimo motivo para hacer una visita que te pone en peligro. Tal vez con el pretexto de necesidad, y aun tambien de devocion, te irás á meter en el lazo; huye, huye apresuradamente de estas tentaciones. ¿Tienes en tu casa algun criado ó criada que te tienta? despídelo con resolucion y sin misericordia. Prohibete toda comunicacion muy frecuente y demasiadamente larga, aunque sea la mas espiritual, con personas de diferente sexo. Es absolutamente necesario el recato de la vista para conservar la inocencia. *Hice pacto, dice Job, con mis ojos para que ni aun pensase en la doncella; de otra manera, ¿qué union podia tener con Dios, ni qué parte me podia dar en su herencia el Todopoderoso?* Observa siempre esto.

T. 5.

P. 653.



LA APARICION
DE SANTIAGO APOSTOL.

LA APARICION DE SANTIAGO APOSTOL.

El apóstol Santiago, que recibió de Jesucristo la comisión de predicar á los Españoles el Evangelio, segun entiende santo Tomás de Villanueva el cumplimiento de la peticion hecha al Hijo de Dios por la madre de los Zebedeos, despues que con sumos trabajos y penosas peregrinaciones puso en ejecucion la voluntad de su Maestro, viniendo á predicar á esta region dichosa, no ha olvidado jamas desde el cielo el promover con su poderosa intercesion sus felicidades, procurándolas muchas veces con repetidos milagros. La iglesia de España, justamente agradecida á tan benéfico patrono y padre de su fe, celebra con solemnes festividades los principales favores que ha recibido de su mano. Uno de ellos, y el mas considerable despues del primitivo de su predicacion, es la aparicion portentosa de este santo apóstol, con que libró á España de la mayor ignominia, peleando en sus batallas, y capitaneando sus escuadrones para darla una victoria enteramente milagrosa y fuera de sus esperanzas. La autoridad de nuestra Iglesia que celebra esta festividad, y los multiplicados escritos de varones sabios que refieren esta aparicion, hacen cesar las dudas que la curiosa erudicion de algunos modernos ha esparcido sobre este hecho piadoso, que deducido de nuestros historiadores es como se sigue.

En el tiempo del cobarde y lúbrico Mauregato llegó España á un estado de infelicidad y de impotencia, igual al de soberbia y de poder á que habia subido la dominacion de los Sarracenos. Estragadas con la ociosidad y con los vicios las costumbres de los cristianos, se habian olvidado de aquel antiguo valor en las armas, que diera que entender por espacio de

mas de dos siglos á la reina de las naciones, y más posteriormente, bajo la guía de un Pelayo, habia tenido á raya la pujanza y osadia de los moros. Conociendo estos despues la debilidad de los principes españoles, llevaron su insolencia hasta el exceso de pedirles un tributo tan inicuo como vergonzoso. Consistia este en pagar anualmente cien doncellas casaderas, que se sorteaban entre las mas nobles y hermosas, para servir á la incontinencia de los bárbaros. Los españoles vivian por esta causa en una continua amargura. Criaban á sus hijas con cuidado y regalo; pero considerando al mismo tiempo que habia de venir un dia en que las apartasen de su seno, para ponerlas como inocentes corderos en las garras de lobos carniceros, su corazon se llenaba de mortales angustias; el dolor, las lágrimas y suspiros de las piadosas madres al ver tan precioso fruto de sus entrañas prostituido á la bárbara carnalidad de los enemigos de Jesucristo, subian de todo punto, considerando por otra parte la cobardía y abatimiento en que estaba sumergida España. Las inocentes doncellas se veian precisadas á dejar el amado seno de sus padres, sus parientes, sus amigas, la tierra amada en que habian sido criadas, y alejarse de la sacrosanta religion en que habian sido educadas, para vivir con una gente bárbara y feroz, embrutecida con los excesos de la carnalidad, y ciega con las tinieblas de una brutal supersticion. Ni las sentidas lágrimas que corrian por sus hermosos rostros, ni los gritos que enviaban al cielo, levantando á él las manos, é implorando su piedad, ni el arrancar sus cabellos, ni llenar el aire de lastimosos suspiros, eran parte para que se dejase de cumplir el inicuo pacto que las adjudicaba á los Sarracenos por tributo.

Tanta calamidad, tan vergonzosa miseria no habia esperanza de que cesase en nuestra España sin un

especial patrocinio del cielo; porque las fuerzas excesivamente inferiores á las de los bárbaros, la cobardía que se habia apoderado de los corazones viciosos, y el hábito que habian contraido los españoles con la infamia, cerraban las puertas á todo humano socorro. Quiso finalmente el cielo poner término á tanta desventura, infundiendo en el corazon de Ramiro, príncipe glorioso, que mandaba por entonces á los españoles, el generoso pensamiento de quitar de su pueblo este escándalo afrentoso. Era el rey de los moros á la sazón Abderramen II, hombre soberbio y feroz, que, con la prosperidad de las victorias que habia conseguido contra su tío en el principio de su reinado, se habia hecho mucho mas poderoso é insolente. Deseaba con ansia mover guerra contra los cristianos, para lo cual buscaba algun pretexto especioso. Habia habido alguna interrupcion en la paga del inicuo tributo, bien fuese por retardarlo los españoles, ó bien porque los moros detenidos en otras guerras no estaban en disposicion de hacérselo pagar con las armas. Envió, pues, embajadores á Ramiro, exigiendo orgullosamente las cien doncellas, y acompañando esta exaccion con terribles amenazas. Bien conoció el prudente rey que este era un medio de declararle la guerra; y como su poder era tan inferior, no dejó de turbarse y concebir algun temor; pero gobernando su corazon el honor y la piedad, y mucho mas fortaleciéndole los influjos celestiales, determinó pasar primero por todos los contratiempos y reveses de la fortuna, que consentir en la ejecucion de tan torpe infamia. Despidió á los embajadores con entereza y severidad, asegurándoles que solamente el derecho de gentes les podia libertar del justo castigo que merecia su torpe comision. Luego que partieron los embajadores, Ramiro llamó á consejo á sus grandes para deliberar sobre los

medios de la guerra, que ya miraban como declarada. El zelo del honor y de la religion encendió los corazones de todos, de modo que la tuvieron por justa, y prometieron emplear en ella no solamente sus haciendas, sino su sangre y sus vidas.

Establecido esto, hicieron levas en todo el reino para juntar un ejército respetable, forzando á alistarse y tomar las armas á todos aquellos que eran capaces de manejarlas, reservando prudentemente los brazos necesarios para el cultivo de los campos, de donde le habia de venir la principal fuerza al ejército. Sabia muy bien el prudente príncipe que no consiste la fuerza de un ejército en lo numeroso, sino en lo bien disciplinado y bien mantenido; por tanto, sus providencias se dirigian á precaver los desastres de la hambre aun mas que los de la guerra. Habiéndose juntado un ejército lo mas crecido que se pudo en aquellas circunstancias, salieron contra los moros, acompañando las banderas los sacerdotes, obispos, grandes y próceres del reino, y toda persona respetable. Sin embargo de que iban á pelear por una causa tan justa, como conocian el gran poder del enemigo, su orgullo y soberbia, iban sumamente rezelosos de poder alcanzar la victoria. Encomendaron mucho á Dios la expedicion; armáronse con la señal santa de la cruz; y para dar á entender al enemigo que estaba lejos de ellos el temor, rompieron por sus tierras haciendo correrias y talas, particularmente en la Rioja, que entonces pertenecía á los Sarracenos. El rey de estos, Abderramen, no se descuidaba por su parte en reclutar gente de sus estados, proveerla de armas y caballos, y hacerla ejercitar en los movimientos de la guerra. Hizo además de esto que le viniesen gentes del Africa, gran cantidad de provisiones, y cuanto juzgó necesario para dejarse caer como un rayo sobre los cristianos, y hacerles pagar

el infame tributo. Caminaron los dos ejércitos, buscándose uno á otro con deseos de encontrarse, y con los rezelos que produce el saber que las contingencias de la guerra son varias, y la fortuna caprichosa. Cerca de Albelda, fortaleza respetable en aquel tiempo, y conocida despues por el monasterio de San Martin que edificó en aquel pueblo don Sancho, rey de Navarra, llegaron á avistarse los dos campos de cristianos y de moros.

La priesa con que se habia juntado nuestro ejército, no permitia que sus soldados fuesen muy diestros en el arte de pelear; por el contrario, los enemigos traian soldados veteranos, enseñados con la experiencia y ejercicio, lo cual, junto con la superioridad del número, les daba mucha ventaja. Sin embargo, dióse la batalla con encarnizamiento, y con el mayor ardimiento, en las comarcas de Albelda, batalla de las mas sangrientas y memorables que se dieron en aquel tiempo. Peleaban por una y otra parte los soldados como rabiosos leones; nuestros capitanes acudian á todas partes, encendiendo y animando á nuestros soldados mas poderosamente con el ejemplo que con las palabras; pero la victoria permanecia indecisa. Ya llegaba la noche sin desistir de la pelea y la matanza; pero como los soldados de los moros eran tantos en número, y se sucedian unos á otros, entraban de refresco en la pelea, y llegaron á debilitar nuestro ejército de manera, que solamente el cerrar la noche con grande oscuridad pudo quitar á los moros una completa victoria. Esta noche fué el remedio de los cristianos, asi como acontece que de pequeñas casualidades suele muchas veces tomar ocasion la fortuna para manifestar maravillosos acaecimientos en la guerra. El rey Ramiro, viendo á sus gentes sumamente destrozadas y desfallecidas por el trabajo y el cansancio del dia, se retiró á un

monte cercano, en donde se atrincheró lo mejor que pudo para guardarse de cualquier insulto del enemigo. Esta acción, aunque no dejó de ser de soldado prudente y experimentado, era indicio de que se reconocía algún tanto por vencido. En aquella noche hizo curar á los heridos, y aunque los sucesos del día les habia hecho perder toda esperanza de felicidad, dirigian todos á Dios sus votos con gran copia de lágrimas, esperando en su divina misericordia que no permitiría que el pueblo cristiano fuese presa de sus enemigos. El rey, lleno de amargura y de dolor, enviaba sus suspiros al cielo implorando su piedad, y solicitando que aplacase sus enojos. Quebrantado de su misma tristeza, se quedó dormido, y entre sueños vió al apóstol Santiago, que con grande majestad y grandeza confortaba su corazón, exhortándole á que diese la batalla, con la certidumbre de que conseguiría la victoria. Con un anuncio tan feliz despertó el rey sumamente regocijado, y mandando juntar inmediatamente á los prelados y á los grandes, les hizo un discurso lleno de confianza y animosidad en estos términos :

« Todos cuantos estais presentes, ó esforzados varones, sabeis tan bien como yo la triste situación que nos hallamos : la batalla de ayer fué para nosotros mas bien adversa que favorable, y hubiéramos sido vencidos si á nuestra debilidad y corto número no hubiera favorecido la noche. Gran parte de nuestros bravos soldados yacen muertos en esa campaña. Sabeis cuán considerable es la de los heridos, y que el temor de suerte mas funesta tiene á los demás amedrentados. Los enemigos, que por su número nos eran superiores, han cobrado nuevas fuerzas con nuestro destrozo y con los beneficios que lograron ayer de la fortuna. El honor y la religion nos han juntado en este sitio : huir es cosa vergonzosa ; per-

manecer atrincherados sin esperanza de socorro, es cosa imprudente ; y así no nos queda otro medio que volver á la pelea, y verter, si fuese menester, nuestra sangre en defensa de la patria, del honor y de la religion. Ensanchad vuestros corazones, y confiad en que cuanto nos falta de fuerzas naturales y de socorro humano, otro tanto suplirá el cielo con sus beneficios. Avivad la fe en vuestras almas, y no creais que es superstición lo que vais á oír. Sabed que esta noche se me ha aparecido en sueños el apóstol Santiago, y me ha certificado de la victoria contra nuestros enemigos. Fijad, pues, una santa confianza en vuestros corazones, que aunque la fácil credulidad, apoyada en lijeros motivos, es criminal, es mayor delito todavía la falta de fe, cuando el cielo la atestigua con sus maravillas en tan críticas circunstancias. Ea, pues, amigos, arrojad todo temor de vuestros pechos : por no pagar un infame tributo juzgásteis debido derramar vuestra sangre : ahora ya no hay medio ; ó quedar esclavos y cautivos de los moros, ó vencerlos en batalla, abatiendo su orgullo, defendiendo nuestra libertad, rescatando el honor de nuestras hijas, y poniendo en salvo los augustos misterios de la santa religion que profesamos. » Pronunciado este discurso, que hizo en los soldados y grandes todo el efecto que deseaba, y refrescadas sus tropas, mandó ordenar los escuadrones, y dar la señal de pelea. Nuestros soldados, cual si fueran bravos leones, acometieron á los enemigos, apellidando á grandes voces á Santiago ; de donde tiene su origen la costumbre de decir los españoles al tiempo de acometer : *Santiago, cierra á España*. Sorprendiéronse los Sarracenos al ver el impetu y valor con que les acometian unos enemigos, á quienes contaban por vencidos ; y creció mas su confusión con los favores que nos vinieron del cielo.

Santiago, cumpliendo la palabra que habia dado al rey entre sueños de auxiliar sus tropas, se dejó ver en el aire cercado de una luz resplandeciente que deslumbraba, y producía contrarios efectos: en los cristianos, valor, alegría y confianza; y en los moros, tristeza, terror y espanto. Venía el santo apóstol montado en un caballo blanco mas que la nieve; en la una mano traía un estandarte con la señal de la cruz, y en la otra una fulminante espada que parecía un rayo según la velocidad con que la esgrimía. Púsose al frente de nuestras tropas, y con su vista creció en estas el denuedo y la confianza; y de las sarracenas se apoderó tal terror, que se pusieron en precipitada fuga. Siguiéron los nuestros el alcance, y en él mataron sesenta mil moros, apoderándose despues de muchos lugares y tierras que estaban en su poder, entre ellos Albelda y Calahorra. Consiguióse esta milagrosa y memorable victoria en el año del Señor 844, y segundo del reinado de Ramiro. Dieron gracias á Dios por una acción tan gloriosa que quitó de España un tributo tan infame, y abatió por entonces el orgullo del mas poderoso rey de los Sarracenos. Dícese que en agradecimiento de este grande beneficio hizo el rey, juntamente con los grandes y prelados, un solemne voto al apóstol Santiago, obligando á todas las provincias de España á pagar anualmente á su iglesia cierta cantidad de trigo; el cual voto aparece despues confirmado con bulas pontificias, y es pagado por algunas provincias. Con los despojos de esta victoria, que fueron riquísimos, hizo Ramiro construir cerca de Oviedo una iglesia magnífica, dedicándola á la Madre de Dios; y otra no lejos de allí, con la advocación de San Miguel. Agradecida la iglesia de España á tan singular beneficio, celebra en este día esta portentosa aparición, reconociendo en ella á Santiago, no solamente por padre de su fe, sino tambien por su patrono.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Langres en Francia, el martirio de san Desiderio obispo, el cual, viendo los males que el ejército de los Vándalos hacia sufrir á su pueblo, fué á buscar á su rey para tratar de amansarlo; pero este bárbaro mandó inmediatamente que le degollasen, y el santo pastor presentó gustoso su cabeza por el rebaño que le habia sido confiado: de este modo, habiendo muerto con la espada, entró en el gozo del Señor. Muchos de sus diocesanos fueron tambien martirizados, y enterrados con él en la misma ciudad.

En España, los santos mártires Epitacio obispo, y Basileo.

En Africa, los santos mártires Quinciano, Lucio y Julian, los cuales, habiendo padecido la muerte en la persecucion de los Vándalos, merecieron la corona eterna.

En Capadocia, la conmemoración de los santos mártires, que murieron en la persecucion de Maximiano Galerio, habiéndoles roto las piernas.

En Mesopotamia, la conmemoración de otros muchos santos, que en la misma persecucion, habiéndolos colgado cabeza abajo, sofocado con el humo, y quemado á fuego lento, consumaron su martirio.

En la diócesis de Leon, san Desiderio, obispo de Viena, el cual, habiendo sido apedreado por orden del rey Tierri, obtuvo la corona del martirio.

En Sinado en Frigia, san Miguel obispo.

El mismo día, san Mercurial obispo.

En Nápoles, san Eufebio obispo.

En Noreia, los santos Eutiquio y Florencio monjes, de quienes hace mención el papa san Gregorio.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la que sigue.

Deus, qui Hispaniarum gentem beato Jacobo Apostolo tuo protegendam misericorditer tribuisti, et per eum ab imminente exitio mirabiliter liberasti; concede, quæsumus, ut eodem protegente, pace perfruamur æterna. Per Dominum nostrum...

La epistola es del libro segundo de los Macabeos, cap. 45.

In diebus illis: Machabæus autem semper confidebat cum omni spe auxilium sibi à Deo affuturum. Et hortabatur suos ne formidarent ad adventum nationum, sed in mente haberent adjutoria sibi facta de cælo, et nunc sperarent ab Omnipotente sibi affuturam victoriam. Et allocutus eos de lege et prophetis, admonens etiam certamina quæ fecerant prius, promptiores constituit eos. Et ita animis eorum erectis, simul ostendebat gentium fallaciam, et juramentorum prævaricationem. Singulos autem illorum armavit, non clypei et hastæ munitione, sed sermonibus optimis et exhortationibus, exposito digno fidei somnio, per quod universos

O Dios, que encargaste misericordiosamente las gentes españolas á la proteccion de tu bienaventurado apóstol Santiago, y que las libraste por él de la ruina que las amenazaba; concédenos que con la proteccion del mismo santo Apóstol lleguemos á gozar de la paz eterna. Por nuestro Señor...

En aquellos dias Macabeo tenia siempre fe viva y esperanza de que Dios le habia de dar socorro, y exhortaba á los suyos á que no temiesen venir contra ellos las naciones, sino que se acordasen de como en otro tiempo habian sido ayudados del cielo, y esperasen entonces que el Omnipotente les habia de dar victoria; y hablándoles de la ley y de los profetas, y recordándoles las empresas que antes habian acometido, los hizo mas animosos; y habiendo fortalecido de esta manera sus corazones, les ponía delante de los ojos la perfidia de las gentes, y cómo habian violado los juramentos. Armó á cada uno de sus soldados, no con lanza y escudo,

lætificavit. Erat autem hujuscemodi visus: Oniam, qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum, verecundum visu, modestum moribus, et eloquio decorum, et qui à puero in virtutibus exercitatus sit, manus protergentem, orare pro omni populo Judæorum. Post hoc apparuisse et alium virum ætate et gloria mirabilem, et magni decoris habitudine circa illum. Respondentem verò Oniam, dixisse: Hic est fratrum amator, et populi Israël: hic est qui multum orat pro populo, et universa sancta civitate, Jeremias, propheta Dei. Extendisse autem Jeremiam dextram, et dedisse Judæ gladium aureum, dicentem: Accipe sanctum gladium, munus à Deo, in quo deſicies adversarios populi mei Israël. Exhortati itaque Judæ sermonibus bonis valde, de quibus extolli posset impetus, et animi juvenum confortari, statuerunt dimicare et configere fortiter, ut virtus de negotiis judicaret: cò quòd civitas sancta et templum periclitarentur. Erat enim pro uxoribus, et filiis, itemque pro fratribus, et cognatis, minor sollicitudo: maximus verò et primus pro sanctitate timor erat templi. Sed et eos qui in civitate erant, non minima sollicitudo habebat pro his qui congressuri

sino con excelentes razonamientos y exhortaciones, refiriéndoles un sueño fidedigno, con el qual á todos llenó de alegría. Fué la vision de esta manera: Veia á Onias, el qual habia sido sumo sacerdote, hombre bueno y benigno, ejercitado desde niño en las virtudes, pudoroso en el semblante, modesto en sus costumbres, y gracioso en las palabras, el qual, extendiendo las manos, hacia oracion por todo el pueblo de los Judíos; despues de esto, decia haber aparecido otro varon venerable por la edad y por la majestad, ceñido por todos lados de magnificencia; y que Onias, respondiéndole, le habia dicho: Este es el amigo de los hermanos, y del pueblo de Israel; este es aquel que ruega mucho por el pueblo, y por toda la santa ciudad, Jeremías, profeta de Dios. Y que Jeremías habia alargado la mano derecha, y dado á Judas una espada de oro, diciendo: Toma esta espada santa, don de Dios, por medio de la qual destruirás los enemigos de mi pueblo de Israel. Exhortados, pues, los soldados con las eficacisimas palabras de Judas, capaces de excitar el valor y confortar los corazones de los jóvenes, determinaron combatir con denuedo, y juntar los escuadrones para que el valor fuese el juez de los negocios.